

La Juventud Literaria

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO X.

DIRECTOR PROPIETARIO:
Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En Murcia y Lorca, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Victorio 53.

COLABORADORES:

Todos los suscritores.

NÚM. 450.

MURCIA 4 DE DICIEMBRE DE 1898

La Juventud Literaria

PALIQUE

Ya se ha firmado la paz: no perdemos más que Cuba, Filipinas, Puerto Rico y las Carolinas.

Pero en cambio nos dan veinte millones de dollars.

Es lo que decimos los españoles: la paz no se hace, hasta que no nos den algo.

Y en efecto, nos han dado.

Parece que han surgido algunas dificultades de carácter diplomático con el Gobierno español acerca de la calidad de las condecoraciones que han de otorgarse con motivo de las negociaciones de la paz.

Sole que ver me faltaba en esta patria bendita un disgusto diplomático por una cuestión de cintas.

Por otra cosa, no hay cuidado: nos avendremos á todo.

La regeneración es un hecho.

Ya habíamos dado bastantes pruebas de que íbamos camino de regenerarnos, pero por si faltaba alguna vean ustedes en lo que se entretiene nuestra juventud.

En los diarios de Barcelona leo:

«La «Juventud Federal Propagandista» celebrará hoy una fiesta literario musical, que finalizará con baile.»

No dirán ustedes que no caminamos de prisa con estos

jóvenes que van bailando y al infierno van saltando

como dice el padre Clarét.

Aunque esos jóvenes sean federales.

Por una Paz muy guapa, en Alicante un señor elegante

perdió muchos millones, y en seguida con un revolver se quitó la vida.

Por otra «paz» quedamos arruinados mas no desesperados como aquel caballero de Alicante; y no nos suicidamos aunque al fin en camisa nos quedamos, que aunque en paños menores, sabemos abrigar los sinsabores.

Dos barbañas, valientes y arrevidas no sé porque razones se daban decididas una tauda brutal de pascozones.

Pasaba por la calle del suceso (la de Garay si mal no me he informado) cierto caritativo matrimonio y le ocurrida iba al desdichado, sugerida tal vez por el demonio, de evitar que se diran las bravias, en el terrible duelo, mordiscos mil y algún tirón de pelo.

Las jóvenes guerreras que luchaban furiosas arremetieron fieras con las almas piadosas y gritando—Aquí nadie escandaliza, les propinaron la primer paliza.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

Aquel caritativo caballero vió por tierra rodando su sombrero flamenta y nuevecito y al ir á recogerlo el pabracoito se lo había «limpiado» algún ratero.

Si ves, lector, que alguno escandaliza busca á un guardia que lleve la paliza, pues querer redimir á ciertas gentes suele tener la mar de inconvenientes.

la fuga. Mi regimiento pasaba cerca de aquí esta mañana, y he atravesado el bosque en dirección á casa para que me escondas. Pero me han visto y me persiguen quince ó veinte hombres. Ocúltame en cualquier parte, papá; ¡por Dios te lo pido! Si me cojen, me fusilan sin remedio. Escóndeme, papá!

El soldado dió un paso para entrar en la habitación; pero el anciano se lo impidió, echándole hacia atrás y diciéndole:

—¡Eres un miserable! ¿No te avergüenzas de tu infame conducta? ¡Atrás, mal hijo y ¡mal patriota!

El soldado aguzó el oído y trató de empujar la puerta para penetrar en la casa.

—¡Oyes, papá? Son mis perseguidores!.

El anciano le rechazó con un ademán, y le dijo con voz de trueno:

—¡Fuera de aquí! ¡Tu no eres mi hijo! ¡No te conozco siquiera!

El soldado se estremeció de angustia y su frente se inundó de un sudor frío. Quiso hablar y suplicar de nuevo á su padre; pero las palabras se ahogaron en sus labios.

Con efecto; le habían visto y le seguían de cerca.

Los perseguidores acudían presurosos, vociferando y profiriendo todo género de blasfemias.

El desdichado joven emprendió nuevamente la fuga y entonces prosiguió la carrera con más encarnizamiento que nunca.

La persecución duró una hora y el fugitivo fué detenido al fin, rendido de fatiga y medio muerto.

Colocáronle en medio del pelotón de soldados, atado codo con codo, y prosiguió la marcha en dirección al pueblo.

II

Los aldeanos presenciaban el espectáculo ante la puerta de sus casas y el preso inclinaba la cabeza para que las gentes no lo conocieran.

—¿Dónde ha dejado el fósil?—decían unos.

—¿Como no lo necesita para nada—decían otros—lo habrá dejado en el camino!

Aterrado por los insultos de que era objeto, el infeliz procuraba ocultar el rostro, mientras proseguía la caminata por la calle principal del pueblo.

Los soldados guardaban un silencio fúnebre, interrumpido tan solo por la voz del sargento que hablaba para sí, como para dar rienda suelta á la indignación de que se hallaba poseído.

—¡Buena le hemos hecho! ¡Vaya un canalla! ¡El miserable ha deshonrado la compañía!

III

Ante la puerta de una de las últimas casas del pueblo, esperaba á la comitiva un anciano que vestía el uniforme de soldado.

Al pasar la tropa, el sargento le interpeló y le dijo:

—¿A dónde vas?

—A reunirme con Vds. para ir al campamento.

—¿Estás aquí con licencia?

—No, me reenganché.

El sargento miró con sorpresa al veterano y le dijo:

—Eres demasiado viejo para estas cosas. El anciano insistió en su empeño, y como hombre testarudo que era, añadió:

—No soy tan viejo como usted supone, puesto que solo hace un año que pedí mi retiro. Por tanto, nada tiene de particular que vuelva á las andadas.

Los soldados se habían acercado durante el anterior diálogo y del centro del grupo salió una voz doliente y conmovida.

—¡Papá!...—exclamó el preso.

El anciano volvió la cabeza, dirigió una mirada á su casa y no contestó.

—¡Papá!...

Los soldados se miraban sorprendidos y sin saber que decir.

Entonces el sargento, indicando al prófugo, preguntó al veterano:

—¿Es tu hijo?...

El desertor, con la voz anudada en la garganta y los ojos llenos de lágrimas, balbució, juntando las manos:

—¡Perdón, papá, perdón! Antes de que...

Pero el infeliz no pudo continuar, y guardó silencio, quedándose livido como un muerto.

—¿Es tu hijo?—repitió el sargento con voz temblorosa.

El sargento dirigió otra mirada á su casa y dijo con aire solemne:

—No lo conozco.—Tenía un hijo, pero ha muerto para mí.

Los soldados se miraron con asombro y se estremecieron de terror.

El anciano, irguiendo la cabeza, añadió,

—Y puesto que mi hijo ha muerto, ya comprenderán ustedes que puedo hacerme matar en el primer encuentro.

Los soldados se separaron respetuosamente, el veterano entró en filas y la comitiva prosiguió su marcha hacia el campamento.

L. DE BURGOS.



Del dicho al hecho hay gran trecho y á decir voy, por capricho, lo que los hombres han dicho y lo que después han hecho.

Hay que hacer un gran rosario con cabezas de usureros. Y el que ayer se decía hoy presta al treinta por ciento.



EL SUSTITUTO

Oyóse de pronto ruido de paños en el patio y después una voz que gritaba:

—¡Sálvame, papá; sálvame, ya están ahí!

Un soldado con el uniforme hecho trizas y los manos llenas de sangre se apoyó contra una puerta y repitió su llamamiento.

—¡Papá, papá, sálvame, por Dios!

En aquel momento se presentó un anciano de blancos cabellos y exclamó al ver al soldado:

—¡Páquít!

—Si, papá; esto no podía durar. Yo soy hombre de paz y la guerra me causa horror.

Por todas partes se oyen silbar las balas, y la matanza es espantosa. Es aterrador el ver tantos muertos y tantos heridos en el campo de batalla. Ya sé que soy un cobarde, pero las circunstancias son superiores á mi voluntad. Me muero de miedo y me he visto obligado á desertar de las filas y á emprender

